

CONFERENCIA DE LAS IGLESIAS EN EL METROPLEX - MENSAJE DOS

Bosquejos de los mensajes para la Conferencia de compenetración del Día de Conmemoración 24-27 de mayo del 2024

TEMA GENERAL: LA VIDA CRISTIANA

Mensaje uno

El significado intrínseco de la vida cristiana

Lectura bíblica: Jn. 14:21, 23; 2 Co. 2:10; 4:6-7

I. La vida cristiana es una vida de vivir a Cristo; nuestro vivir debería ser Cristo, y la manera de vivir a Cristo es amar a Cristo—Fil. 1:19-21a; Gá. 2:20:

- A. Podemos vivir a Cristo al amar a Cristo al máximo; si no amamos a Cristo, no podemos vivirlo, y amarlo es la mejor manera de concentrar todo nuestro ser en Él—2 Co. 5:14; 1 Jn. 4:19; Fil. 1:19-21a; Mr. 12:30; Ap. 2:4-5; Jn. 14:21, 23; 21:15-17; 1 P. 1:8; 1 Co. 2:9; 16:22.
- B. Amar a Dios significa poner todo nuestro ser —espíritu, alma y cuerpo, junto con nuestro corazón, alma, mente y fuerza (Mr. 12:30)— totalmente en Él, es decir, dejar que todo nuestro ser sea ocupado por Él y se pierda en Él, de modo que Él llegue a serlo todo para nosotros, y nosotros seamos uno con Él de manera práctica en nuestra vida diaria.
- C. Cuando amamos a Cristo, “el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios” (1 Co. 2:10); la palabra griega traducida “escudriña” se usa con referencia a una investigación activa, lo cual implica la adquisición de conocimiento exacto no por un descubrimiento casual, sino por exploración; el Espíritu de Dios explora las profundidades de Dios con respecto a Cristo y nos las muestra en nuestro espíritu para nuestra aprehensión y participación.
- D. Llevar la vida cristiana consiste en amar a Jesús, el Hijo de Dios, para que seamos amados por el Padre y el Hijo y disfrutemos la manifestación del Hijo a nosotros y la visitación de Ellos a nosotros a fin de que hagan una morada mutua con nosotros—Jn. 14:21, 23.
- E. La vida cristiana es una vida de amar a Dios y amarnos unos a otros con Dios mismo como nuestro amor; Cristo llevó en este mundo una vida de Dios como amor, y ahora Él es nuestra vida a fin de que llevemos la misma vida de amor en este mundo y seamos iguales a Él en Su viaje ministerial que busca al perdido y salva al pecador—1 Jn. 4:16-19; Lc. 10:25-37; 19:10; Ef. 4:20-21; cfr. Gá. 5:13-15.

II. Llevar la vida cristiana consiste en hacer todas las cosas en la persona de Cristo, en la faz de Cristo—2 Co. 2:10; 4:6-7:

- A. La palabra griega que se traduce “persona” es literalmente “faz”, como en 4:6; ésta se refiere a la parte que está alrededor de los ojos, la mirada como manifestación de los pensamientos y sentimientos internos, la cual exhibe y manifiesta todo lo que la persona es.
- B. El apóstol Pablo, quien era un modelo para los creyentes (1 Ti. 1:16), vivía y se conducía en la presencia de Cristo, conforme a la manifestación de toda Su persona, la cual era expresada en Sus ojos.
- C. Siempre que nuestro corazón se vuelve al Señor, el velo es quitado de nuestro corazón, y podemos mirar a cara descubierta al Señor de gloria; en realidad, nuestro corazón que no está vuelto al Señor es el velo; una cara descubierta es un corazón descubierto que mira la gloria de Dios en la faz de Jesucristo—2 Co. 3:16, 18; 4:6-7; 1 S. 16:7; Ef. 1:18a.
- D. La gloria de Dios se halla en la faz de Cristo, y Su faz, Su persona, es el tesoro que mora en nuestro espíritu—2 Co. 4:6-7; 1 P. 3:4.
- E. Somos vasos de barro que no tienen valor y son frágiles, pero dentro de nuestro espíritu contenemos un tesoro de valor inestimable, la faz, la persona, de Cristo mismo (2 Co. 2:10;

4:6); en el universo entero no hay nada tan precioso como contemplar la faz de Jesús (Gn. 32:30; Éx. 25:30; 33:11, 14; Sal. 27:4, 8; Ap. 22:4):

1. Únicamente cuando vivimos en Su presencia, contemplando la manifestación de Su ser, percibimos que Él es tal tesoro para nosotros; si tenemos algún problema, sólo necesitamos decírselo; Él está en nuestro interior y está con nosotros cara a cara—Fil. 4:6.
 2. Ver a Dios equivale a ganar a Dios, lo cual es recibir a Dios, en Su elemento, interiormente para que nos transforme (Job 42:5-6; Mt. 5:8); el mismo Dios a quien miramos hoy es el Espíritu consumado, y podemos contemplarlo en nuestro espíritu para absorber las riquezas de Dios en nuestro ser y estar bajo la transformación divina día tras día (2 Co. 3:18b; Mt. 14:22-23; Col. 4:2).
- F. A medida que volvemos nuestro corazón al Señor en nuestro espíritu para mirarlo cara a cara e irradiarlo infundiéndolo en otros (Is. 60:1, 5), estamos en el proceso de ser transformados en Su gloriosa imagen hasta el día en que “seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es”—2 Co. 3:18—4:1; 1 Jn. 3:2; Ap. 22:4.

III. Llevar la vida cristiana consiste en andar como es digno de la vocación, o llamamiento, con que fuimos llamados—Ef. 4:1-4:

- A. El primer ítem de un andar digno del llamamiento de Dios es que seamos diligentes en guardar la unidad del Espíritu como realidad del Cuerpo de Cristo, con las virtudes humanas transformadas que han sido fortalecidas por los atributos divinos y con ellos—vs. 1-4:
1. En el Espíritu del Jesús glorificado se halla la humanidad transformada de Jesús; beber y fluir desbordando el único Espíritu en beneficio del único Cuerpo es beber y fluir desbordando el Espíritu del Hombre Jesús, esto es, beber y fluir desbordando la humanidad de Jesús con Sus virtudes humanas divinamente enriquecidas, virtudes de humildad, mansedumbre y longanimidad a fin de soportarnos los unos a los otros en amor—Jn. 7:37-39a; 1 Co. 12:13; Hch. 16:7; Ef. 4:2-3.
 2. Si invocamos el nombre del Señor y nos alimentamos de Él, disfrutaremos a Jesús como hombre, y todas las virtudes de Su humanidad elevada serán nuestras en el Espíritu de Jesús para la práctica de la vida de iglesia recobrada en el Espíritu de realidad como realidad del Cuerpo de Cristo—1 Co. 1:2; 10:3-4, 17; 12:3b, 13; 16:13; Ef. 4:3-4a.
- B. El segundo ítem de un andar digno del llamamiento de Dios es que crezcamos en todo en Cristo, la Cabeza—vs. 15-16:
1. A fin de crecer en todo en Cristo para la edificación de Su Cuerpo necesitamos disfrutar a Cristo como nuestro reemplazo universal y todo-inclusivo a fin de que sea producido un solo y nuevo hombre, por lo cual debemos “[oírlo] a Él” y ver a “Jesús solo”—Mr. 9:7-8.
 2. Toda cosa o toda persona que no sea Cristo, Dios la “despide”; Dios ha reemplazado todo lo que había en Su economía antiguotestamentaria con Cristo—1:1-8; Mt. 17:3-5; Col. 2:16-17; He. 10:5-10; 11:5-6; cfr. Is. 22:20-25.
 3. Cuando Dios nos creó, Él nos “contrató”; cuando nos puso en la cruz, crucificándonos juntamente con Cristo, Él nos “despidió”; cuando nos resucitó juntamente con Cristo, Él nos “volvió a contratar” haciéndonos una nueva especie de Dios-hombres, un nuevo invento de Dios como Su obra maestra corporativa, con lo cual nos trajo de regreso a Su intención original según la cual nos creó para Su gloria, Su expresión corporativa—Gn. 1:26; Gá. 2:20; Ef. 2:6, 10, 15; Is. 43:7.
- C. El tercer ítem de un andar digno del llamamiento de Dios es que aprendamos a Cristo conforme a la realidad que está en Jesús—Ef. 4:20-24:
1. *La realidad que está en Jesús* se refiere a la verdadera condición de la vida de Jesús según se relata en los cuatro Evangelios; Jesús llevó una vida en la cual Él hacía todo en Dios, con Dios y para Dios; Dios estaba en Su vivir, y Él era uno con Dios—vs. 20-21.
 2. En Su vida en la tierra Él nos dejó un modelo, según es revelado en los cuatro Evangelios; luego, Él fue crucificado y resucitado para llegar a ser el Espíritu vivificante a fin de entrar

- en nosotros para ser nuestra vida; aprendemos de Él, según Su ejemplo, no por nuestra vida natural, sino por Él mismo como nuestra vida en resurrección—1 Co. 15:45; Col. 3:4.
3. A medida que amamos al Señor, tenemos contacto con Él y oramos a Él, automáticamente lo vivimos conforme al molde, la forma, el patrón, descrito en los Evangelios; de esta manera somos formados, conformados, a la imagen de este molde: esto es lo que significa aprender a Cristo—Mt. 11:29; Ro. 8:29.
- D. El cuarto ítem de un andar digno del llamamiento de Dios es que vivamos en amor y luz—Ef. 5:2, 8:
1. Necesitamos ser participantes, los que disfrutan, de la naturaleza divina (2 P. 1:4); la naturaleza divina se refiere a lo que Dios es: Dios es Espíritu (Jn. 4:24), Dios es amor (1 Jn. 4:8, 16) y Dios es luz (1:5); Espíritu es la naturaleza de la persona de Dios, amor es la naturaleza de la esencia de Dios y luz es la naturaleza de la expresión de Dios.
 2. Todos necesitamos pasar una cantidad adecuada de tiempo personal con el Señor para tener comunión de manera privada con Él en nuestro espíritu a fin de que podamos ser llenos de Su esencia amorosa para que Él pastoree a otros por medio nuestro y podamos ser llenos de Su elemento resplandeciente para que otros lo vean a Él en nosotros—Jn. 4:24; Lc. 15:20; Mt. 5:15-16.
- E. El quinto ítem de un andar digno del llamamiento de Dios es que vivamos siendo llenos en el espíritu para que rebosemos de Cristo—Ef. 5:18:
1. Hablar, cantar, salmodiar, darle gracias a Dios y sujetarnos unos a otros en el temor de Cristo no solamente son el desbordamiento de haber sido llenos en el espíritu, sino también la manera en que somos llenos en el espíritu—vs. 19-21.
 2. Ser llenos en el espíritu es ser llenos de las riquezas de Cristo para que lleguemos a ser la plenitud de Cristo, el rebosamiento de Cristo; al invocar al Señor y orar-leer Su Palabra podemos recibirlo a Él continuamente como gracia sobre gracia para que lleguemos a ser Su plenitud, Su rebosamiento—3:8; 1:23; 3:19b; Ro. 10:12-13; Ef. 6:17-18; Jn. 1:16.

IV. Llevar la vida cristiana consiste en aceptar la disciplina del Espíritu Santo:

- A. Dios desea quitarnos nuestro sabor y cambiar nuestro aroma por medio de que aceptemos la disciplina del Espíritu Santo, la cual consiste en que Dios nos vacíe de vasija en vasija para eliminar los sedimentos, los posos, de nuestro hombre exterior natural hasta que tengamos el sabor puro de Cristo y desprendamos la fragancia pura de Cristo—Jer. 48:11; 2 Co. 2:14-15; Cnt. 4:16; 2 R. 4:8-9:
 1. El “Padre de los espíritus” nos disciplina por medio de pruebas y disciplina “para que participemos de Su santidad”—He. 12:4-13.
 2. Aquellos que nunca han pasado por pruebas y disciplina no han sido vaciados de vasija en vasija; por tanto, el sabor de los sedimentos, los posos, el residuo, de su manera natural de ser, su hombre exterior, su yo, todavía permanece en ellos y su aroma no ha cambiado—Jer. 48:11; Ro. 8:28-29; Cnt. 4:16.
- B. María tenía un frasco de alabastro lleno de una libra de ungüento de nardo puro de mucho valor; cuando ella quebró el frasco y lo derramó sobre el Señor, “la casa se llenó del olor del ungüento”—Jn. 12:2-3; Mr. 14:3; cfr. Cnt. 1:12.
- C. El frasco de alabastro representa nuestro hombre exterior, el cual necesita ser quebrantado para que el hombre interior pueda surgir; el Señor obra en nuestro interior y sobre nosotros de muchas maneras diferentes con el propósito de quebrantar el vaso de barro, el frasco de alabastro, el cascarón exterior—2 Co. 4:7; Jn. 12:3, 24; Ro. 8:28-29.
- D. Lo que nosotros somos por naturaleza no significa nada; sólo lo que el Espíritu constituye en nuestro ser cuenta; la disciplina del Espíritu Santo destruye nuestra manera de ser y hábitos naturales e introduce el elemento constitutivo del Espíritu Santo en madurez y dulzura; Dios dispone todo en nuestro entorno para derribar lo que somos por naturaleza a fin de que Él

pueda formar en nosotros una nueva manera de ser, un nuevo carácter y nuevos atributos—Jn. 3:6; 2 Co. 5:17; Gá. 6:15.

E. Hay dos razones principales por las cuales no somos quebrantados:

1. Una persona no es quebrantada debido a que vive en tinieblas; en todo lo que le sucede, les atribuye toda la culpa a otras personas o al entorno; no tiene revelación con respecto a la mano de Dios y al hecho de que es Dios quien está tratando con él—cfr. Job 10:13; Ef. 3:9.
2. Una persona no es quebrantada debido a que se ama demasiado; tenemos que pedirle a Dios que nos quite todo amor propio; todos los malentendidos y descontentos surgen de una sola cosa: el amor propio en secreto.

F. Necesitamos darnos cuenta de que todo por lo cual pasamos tiene un solo propósito, a saber, que la vida de Dios sea liberada por medio nuestro y sea expresada en nosotros; que nuestro hombre exterior sea quebrantado a tal grado que el hombre interior pueda ser liberado y expresado; esto es precioso, y éste es el camino propio de los siervos del Señor—Jn. 12:24-26; 2 Co. 4:12.

Comunión con respecto al quebrantamiento del hombre exterior para la liberación del espíritu y la expresión de Dios

Tenemos que saber por qué Dios nos puso en el mundo. Él nos puso en el mundo para que nuestra presencia cree hambre y sed de justicia en los pecadores, en los creyentes y en el mundo. En nuestra obra, tenemos que crear un hambre en el interior de otros. Debe haber en nuestro interior una frescura, poder, nutrimento y suministro enigmáticos que impulsen a otros a buscar a Dios por haber estado en nuestra presencia. Otros deberían tener el deseo de buscar a Dios como resultado de conocernos y hablar con nosotros. Si siempre vemos a otros y nos comunicamos con ellos sin crear en su interior un deseo por Dios, eso significa que hemos fracasado. Si nuestra lectura de la Biblia, oración, servicio y predicación del evangelio no producen un hambre tan poderosa en el interior del hombre, nuestra obra ha fracasado. (*The Collected Works of Watchman Nee* [Las obras recopiladas de Watchman Nee], t. 42, pág. 238)

En 2 Reyes 4 encontramos el relato de una mujer sunamita que hospedó a Eliseo. La Biblia dice que “un día pasaba Eliseo por Sunem; y allí estaba una mujer rica, que le invitaba insistentemente a que comiera. Entonces cada vez que pasaba por allí, se apartaba del camino y comía allí. Y ella dijo a su marido: Ahora sé que este varón que pasa continuamente por nuestra casa es varón santo de Dios” (vs. 8-9). Este profeta sólo pasaba por Sunem; no dio ningún mensaje ni efectuó milagro alguno. Cada vez que pasaba por allí, él se apartaba del camino y comía allí. La mujer pudo identificar que él era un varón de Dios por la forma en que él comía. Ésta era la impresión que Eliseo daba a otros.

Es crucial que nos preguntemos: “¿Qué impresión reciben otros de mí? ¿Qué expreso yo?”. Hemos hablado reiteradamente que el hombre exterior debe ser quebrantado, pero si esto no sucede, la impresión que otros reciban será solamente la de nuestro hombre exterior. Cada vez que tengamos contacto con otros, les daremos la desagradable sensación de que somos personas con amor propio, personas tercas y orgullosas; o tal vez reciban la impresión de que somos personas muy sagaces y elocuentes. Puede ser que logremos causar una presunta buena impresión en los que nos escuchan, pero ¿satisface a Dios tal impresión? ¿Atiende a la necesidad de la iglesia? Ni Dios está satisfecho ni la iglesia necesita nuestra presunta buena impresión.

...Si dicho quebrantamiento no se efectúa, nuestro espíritu no podrá ser liberado y la impresión que otros recibirán de nosotros no será una impresión del espíritu.

...Lo que deja una impresión en otros es las características más sobresalientes que tenemos. (*El quebrantamiento del hombre exterior y la liberación del espíritu*, págs. 93-94)